



Jeanne había terminado de preparar los baúles y se acercó a la ventana, pero no dejaba de llover.

El chaparrón había golpeado toda la noche los vidrios y los tejados. Era como si el cielo, bajo y cargado, hubiera reventado, derramándose sobre la tierra, diluyéndola en papilla, disolviéndola como el azúcar. Soplaban ráfagas de viento cargadas de un calor denso. El rugido de los arroyos desbordados llenaba las calles desiertas; las casas bebían la humedad como esponjas, absorbiéndola hacia el interior donde rezumaba por las paredes, desde el sótano al desván.

Jeanne, que había abandonado el convento la víspera, libre por fin para siempre, dispuesta a disfrutar de todas las alegrías de la vida con la que soñaba desde hacía tanto tiempo, temía que su padre no se atreviera a viajar si no se despejaba el tiempo y, por centésima vez aquella mañana, oteaba el horizonte.

Luego se dio cuenta de que se había olvidado de meter el calendario en la bolsa de viaje. Recogió de la pared el tarjetón dividido en meses en el que se podía leer, en el centro de un dibujo, el año en curso, 1819, en números dorados. Después cruzó con un lápiz las cuatro primeras columnas, tachando cada nombre del santoral hasta el 2 de mayo, día de su salida del convento. Una voz la llamó al otro lado de la puerta:

—¡Jeanette!

—Entra, papá —contestó Jeanne.

Y su padre entró.

El barón Simon-Jacques Le Perthuis des Vauds era un caballero de otros tiempos, maniático y amable. Discípulo entusiasta de J.-J. Rousseau, amaba tiernamente la naturaleza, los campos, los bosques y los animales.

Aristócrata de nacimiento, odiaba de manera instintiva 1793 y el Terror, pero era filósofo por temperamento y liberal por educación, así que execraba la tiranía con un odio inofensivo y sentencioso.

La bondad era a un tiempo su punto fuerte y débil, una bondad que no tenía brazos suficientes para acariciar, para dar, para abrazar, una bondad de creador, dispersa, sin resistencia, como si tuviera entumecido el nervio de la voluntad, como una carencia en la energía, casi un vicio.

Hombre dado a las teorías, había meditado todo un plan de educación para su hija, pues la quería feliz, buena, recta y tierna.

Hasta los doce años Jeanne había permanecido en la casa y luego, a pesar del llanto de su madre, entró interna en el Sagrado Corazón.

Allí la habían mantenido severamente encerrada, enclaustrada, ignorada e ignorante de las cosas humanas. Quería que se la devolvieran casta a los diecisiete años para poder sumergirla en una especie de baño de poesía razonable y, en medio de los campos y la tierra fecundada, abrir su alma, desperezar su ignorancia ante el amor ingenuo, la ternura sencilla de los animales, las leyes serenas de la vida.

Y ahora salía del convento, radiante, llena de savia y apetito de felicidad, abierta a todas las alegrías, a todas las sugestivas vicisitudes que su mente ya había recorrido en la ociosidad de los días, la longitud de las noches, la soledad de las esperanzas.

Parecía un retrato de Veronés, con un pelo rubio reluciente que parecía reflejarse en su piel, una piel de aristócrata apenas

teñida de rosa, sombreada con una pelusilla sutil, como un terciopelo pálido que solo se veía cuando la acariciaba el sol. Tenía los ojos azules, de ese azul opaco que tienen los de las figurillas de porcelana de Holanda.

Tenía un lunar en la aleta izquierda de la nariz y otro en el lado derecho del mentón, en el que se rizaba un vello indistinguible, de tan semejante a su piel. Era alta, de pechos maduros y cintura cimbreante. Su voz, clara a veces, parecía demasiado aguda, pero su risa franca irradiaba alegría a su alrededor. A menudo, con un gesto familiar, se llevaba las manos a las sienes como para alisarse el cabello.

Corrió hacia su padre y le dio un beso y un abrazo.

—Y bien, ¿nos vamos? —dijo.

El padre sonrió, sacudió sus cabellos ya blancos, que llevaba bastante largos y tendió la mano hacia la ventana.

—¿Cómo vamos a viajar con este tiempo?

—Oh, papá, vámonos, por favor, por favor, esta tarde hará bueno —suplicó ella, mimosa y tierna.

—Tu madre no lo consentirá.

—Sí, te lo prometo, yo me ocupo.

—Si consigues convencer a tu madre, por mí de acuerdo.

Jeanne se precipitó al cuarto de la baronesa, pues había estado esperando aquel día con impaciencia creciente.

Desde su ingreso en el Sagrado Corazón no había salido de Ruan, ya que su padre no permitía distracción alguna hasta que cumpliera los años que había fijado. Solo dos veces la llevó a París quince días, pero París era una ciudad y ella solo soñaba con el campo.

Y ahora iba a pasar el verano en su propiedad de Los Álamos, la mansión familiar asomada a los acantilados, cerca de Yport; y la vida libre junto al mar le prometía una felicidad infinita. Además, se había determinado que recibiría en herencia esta casa solariega y viviría en ella cuando se casara.

La lluvia, que caía sin remisión desde la noche anterior, era la primera contrariedad importante de su existencia.

Al cabo de tres minutos, salió corriendo del cuarto de su madre, gritando por toda la casa.

—¡Papá, papá! A mamá le parece bien. Manda que preparen el coche.

El diluvio no amainaba; cuando la berlina se colocó delante de la puerta parecía que hubiera arreciado.

Jeanne estaba lista para subir cuando la baronesa bajó la escalera, apoyándose de un lado en su marido y del otro en una criada alta, fuerte y fornida como un muchacho. Era una normanda de la región de Caux que aparentaba al menos veinte años, aunque solo tuviera dieciocho. En la casa era como una hija más, pues había sido hermana de leche de Jeanne. Se llamaba Rosalie.

Su cometido principal era guiar los pasos de la señora, que había engordado considerablemente desde hacía unos años por una hipertrofia del corazón de la que se quejaba sin cesar.

La baronesa bajó resoplando con fuerza la escalera de la entrada de la vieja mansión, contempló el patio por el que corría el agua y murmuró:

—La verdad es que es una locura.

—Usted lo ha querido, señora Adelaïde¹ —respondió su marido sin dejar de sonreír.

Como llevaba ese nombre pomposo de Adelaïde, el barón le añadía el tratamiento con un aire de respeto un tanto burlón.

La baronesa volvió a ponerse en marcha, subió con gran dificultad al coche y las ballestas crujieron. El barón se sentó a su lado, Jeanne y Rosalie se sentaron en la banqueta, de espaldas a la marcha.

La cocinera Ludivine trajo un montón de mantas para colocar sobre el regazo, además de dos cestas que se dispusieron bajo las

¹ La hermana de Luis XVI se llamaba Adelaïde, por lo que ese nombre se consideraba muy aristocrático. De ahí el tratamiento. (*N. de la T., como todas las demás*).

piernas, y se subió al pescante, junto al viejo Simon, envuelta en una gran capa que la cubría por entero. El portero y su señora salieron a despedirse, cerraron la portezuela y recibieron las últimas recomendaciones para las maletas que viajarían en un carro. Y allá se fueron.

El viejo Simon, el cochero, con la cabeza gacha, encorvado bajo la lluvia, desaparecía bajo su carrik de triple esclavina. La borrasca ululante golpeaba en ráfagas contra los cristales, inundando la calzada.

La berlina, al trote rápido de los dos caballos, bajó limpiamente hasta el muelle, siguió la fila de grandes buques cuyos mástiles, vergas, y jarcias se alzaban lúgubres contra el cielo chorreante, como si fueran árboles desnudos, y tomó el largo bulevar del monte Riboudet.

Pronto estuvieron cruzando prados y, de vez en cuando, un sauce anegado, cuyas ramas colgaba con el abandono de un cadáver, se dibujaba gravemente contra la niebla empapada. Las herraduras de los caballos chapoteaban y las salpicaduras de las cuatro ruedas dibujaban soles en el barro.

Se había hecho el silencio; las mentes parecían tan empapadas como la tierra. Mamá inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. El barón contemplaba taciturno el campo monótono y anegado. Rosalie, con un paquete sobre el regazo, estaba ensimismada, con esa ensoñación animal de la gente del pueblo. En cambio, Jeanne, bajo la catarata de agua tibia, se sentía revivir, como una planta encerrada que se saca al aire libre, y el júbilo protegía su corazón de la tristeza como si fuera un denso follaje. Aunque permanecía callada, le apetecía cantar, sacar la mano por la ventanilla, llenarla de agua y beber; y la llenaba de alegría dejarse llevar por el trote apresurado de los caballos, ver los paisajes desolados y sentirse protegida en medio de esta inundación.

Bajo la lluvia sañuda, las grupas relucientes de los dos animales exhalaban un vapor de agua hirviendo.

La baronesa se iba quedando dormida poco a poco. Su rostro, enmarcado por seis tirabuzones regulares y lacios, se fue relajando poco a poco, blandamente asentado en las tres grandes ondulaciones de su papada, que se perdían en el mar abierto de su pecho. Su cabeza, que se erguía a cada inspiración, se desplegaba enseguida, las mejillas se hinchaban, mientras que los labios entreabiertos dejaban pasar un sonoro ronquido. Su marido se inclinó hacia ella y, con suavidad, depositó en sus dos manos cruzadas sobre la inmensidad de su vientre una pequeña cartera de cuero.

El roce la despertó, consideró el objeto con la mirada perdida, con el estupor que deja el sueño interrumpido. La cartera cayó y se abrió. Se desparramaron por el coche oro y billetes de banco. La baronesa se despertó del todo y la alegría de su hija se manifestó en una sucesión de carcajadas.

El barón recogió el dinero y se lo colocó sobre el regazo.

—Aquí tiene, querida amiga, esto es todo lo que ha quedado de mi propiedad de Életot. La he vendido para poder hacer reparaciones en Los Álamos, donde pasaremos más tiempo en el futuro.

La baronesa contó seis mil cuatrocientos francos y se los guardó tranquilamente en el bolsillo.

Era la novena finca que vendían de las treinta y una que les habían dejado sus padres. No obstante, seguían teniendo veinte mil libras de renta en tierras que, bien administradas, habrían rendido fácilmente treinta mil francos al año.

Como vivían con sencillez, hubiera sido suficiente para ellos, si en la casa no hubiera un pozo sin fondo siempre abierto: la bondad. Drenaba el dinero en sus manos como el sol drena el agua de las marismas. Su capital se escurría, huía, desaparecía. ¿Cómo? Imposible saberlo. Cada dos por tres uno de los dos decía: «No sé cómo ha sido, pero hoy me he gastado cien francos y no he comprado nada importante».

Esta facilidad para dar era una de las grandes felicidades de su vida y sobre este punto siempre estaban de acuerdo de forma magnífica y conmovedora.

—¿Está bonita ahora mi mansión? —preguntó Jeanne.

—Ya lo verás, pequeña —respondió el barón alegremente.

Poco a poco, la violencia del aguacero se fue apagando y quedó reducido a una especie de bruma, un polvillo muy fino de lluvia revoloteante. La bóveda de las nubes parecía ascender, blanquearse y, de repente, por un boquete invisible, un largo rayo de sol oblicuo descendió sobre los prados.

Las nubes se abrieron para dejar pasar el fondo azul del firmamento; la grieta se fue haciendo más grande, como un velo que se desgarró, y apareció un hermoso cielo azul nítido y profundo, desplegándose sobre el mundo.

Pasó un soplo de aire fresco y suave, como si la tierra suspirase de felicidad; cuando se acercaban a unos jardines o a un bosque escuchaban a veces el canto bullicioso de un pájaro que se sacaba las plumas.

Caía la noche. En el coche ya dormía todo el mundo salvo Jeanne. Dos veces se detuvieron en posadas para dejar descansar a los caballos y darles un poco de avena con agua.

Se había puesto el sol; unas campanas sonaban a lo lejos. Pararon en un pueblecito para encender los faroles; y el cielo se alumbró también con un enjambre de estrellas. Aquí y allá aparecían casas iluminadas, atravesando las tinieblas con un punto de fuego y, de pronto, al coronar una colina, tras las ramas de los abetos, asomó la luna, roja, enorme, como embotada por el sueño.

El tiempo era tan suave que llevaban bajadas las ventanillas. Jeanne, agotada de soñar, saciada de visiones felices, descansaba por fin. A veces el entumecimiento de una posición prolongada le hacía abrir los ojos. Entonces miraba al exterior, veía pasar en la noche luminosa los árboles de una casa de labranza o algunas vacas tumbadas en un campo aquí o allá que levantaban la cabeza.

Buscaba una nueva postura, intentaba reanudar el sueño interrumpido, pero el traqueteo constante del coche le llenaba los oídos, le cansaba el pensamiento, le cerraba los ojos, le dejaba la mente tan anquilosada como el cuerpo. Al fin se detuvieron. Un grupo de hombres y mujeres esperaban de pie, delante de las portezuelas del coche, con candiles en la mano. Habían llegado. Jeanne, súbitamente despierta, saltó del coche enseguida. Padre y Rosalie, alumbrados por un labrador, llevaron casi en andas a la baronesa, totalmente extenuada, gimiendo desconsolada y repitiendo una y otra vez con una vocecita moribunda:

—¡Ah, Dios mío! ¡Pobres hijos míos!

No quiso comer ni beber nada, se acostó y se durmió en el acto.

Jeanne y el barón cenaron a solas.

Sonreían y se miraban, se tomaban la mano por encima de la mesa y, embargados ambos por una alegría infantil, se pusieron a visitar la mansión renovada.

Era una de esas casonas normandas, altas y espaciosas, que tienen algo de alquería y algo de palacete, construida en piedra blanca que había adquirido un tono grisáceo y con espacio suficiente como para alojar a una tribu.

Un inmenso vestíbulo dividía la casa en dos y la cruzaba de lado a lado, con grandes puertas que daban a las dos fachadas. Una escalera doble coronaba la estancia por ambos lados, dejando el centro vacío, uniendo los dos tramos en el primer piso como si fuera un puente.

En la planta baja, a la derecha, se llegaba a un salón desmesurado, de paredes cubiertas con motivos de follaje por el que se paseaban los pájaros. El tapizado de los muebles, bordado con medio punto, era una ilustración de las fábulas de La Fontaine, y Jeanne se estremeció de placer al encontrar una silla que le encantaba de pequeña y que mostraba la historia del zorro y la cigüeña.

Junto al salón se encontraba la biblioteca, llena de libros antiguos, y otras dos habitaciones condenadas; a la izquierda estaba

el comedor con artesonados nuevos, el lavadero, la despensa, la cocina y una pequeña habitación con una bañera.

El pasillo dividía a lo largo el piso de arriba. Las diez puertas de las diez habitaciones se alineaban en este corredor. Al fondo, a la derecha, estaban los aposentos de Jeanne. Entraron en ellos. El barón los acababa de renovar, utilizando tan solo paños y muebles fuera de uso que estaban en el desván.

Unos tapices de origen flamenco, muy antiguos, poblaban el lugar de personajes singulares.

Al ver su cama, la joven gritó de alegría. En las cuatro esquinas, cuatro grandes pájaros de roble, negros y relucientes por la cera, sujetaban el lecho como si fueran sus guardianes. Los largos representaban amplias guirnaldas talladas de flores y frutos, y cuatro columnas finamente acanaladas, coronadas por capiteles corintios, sostenían una cornisa de rocas y amorcillos enroscados.

Se alzaba monumental y grácil a pesar de la severidad de la madera oscurecida por el tiempo.

La colcha y el baldaquino centelleaban como dos firmamentos. Eran de una seda antigua azul oscuro, estrellada aquí y allá por flores de lis bordadas en oro.

Cuando se cansó de admirarlo todo, Jeanne alzó la lámpara y examinó los tapices para ver qué representaban.

Un joven aristócrata y una joven dama con extraños ropajes verdes, rojos y amarillos, charlaban bajo un árbol azul del que pendían frutos blancos. Un conejo enorme del mismo color pastaba un poco de hierba gris.

Sobre los personajes, simulando lejanía, se podían advertir cinco casitas redondas de tejados puntiagudos y, arriba del todo, casi en el cielo, un molino de viento rojo.

El conjunto estaba salpicado aquí y allá de grandes guirnaldas vegetales que representaban flores.

Los otros dos tapices se parecían mucho al primero, salvo que de las casas salían cuatro hombrecillos vestidos a la moda de

Flandes, que alzaban los brazos al cielo en señal de asombro y de ira extrema.

El último tapiz representaba un drama. Cerca del conejo, que seguía pastando, el joven tendido parecía muerto. La joven dama lo miraba y se atravesaba el pecho con una espada; los frutos del árbol se habían puesto negros.

Jeanne había renunciado a comprender cuando descubrió en un rincón un animalillo microscópico que el conejo, si hubiera estado vivo, podría haberse merendado como si fuera una brizna de hierba. Era un león.

Entonces reconoció las desventuras de Píramo y Tisbe y, aunque sonrió ante la sencillez del trazado, se sintió feliz de estar encerrada en aquella aventura de amor que le hablaría de preciosas esperanzas y que cada noche arroparía su sueño con su ternura antigua y legendaria.

El resto del mobiliario combinaba los estilos más variados. Eran esos muebles que cada generación deja en la familia y que convierten las casas antiguas en un batiburrillo o trasunto de museo. Una cómoda estilo Luis XIV, soberbia, acorazada con herrajes de bronce deslumbrantes estaba flanqueada por dos sillones Luis XV, todavía tapizados con su seda de ramilletes. Un secreter de palisandro se alzaba frente a la chimenea sobre la que se podía ver, bajo una campana redonda, un reloj de sobremesa estilo Imperio.

Se trataba de una colmena de bronce suspendida sobre un jardín de flores doradas, que sostenían cuatro columnas de mármol. Sobre un finísimo péndulo, que salía de la colmena por una estrecha hendidura, una abeja diminuta con las alas esmaltadas se paseaba eternamente sobre el parterre de flores.

La esfera, de cerámica pintada, estaba encastrada en el cuerpo de la colmena.

Se puso a dar las once. El barón besó a su hija y se retiró a sus aposentos.

Y Jeanne se acostó a regañadientes.

Paseó una última mirada por su habitación y apagó la vela. A la izquierda de la cama, que solo estaba pegada a la pared por el cabecero, se abría una ventana por la que entraba un chorro de luna que esparcía sobre el parqué un charco de luz.

Los reflejos rebotaban sobre las paredes, reflejos pálidos que acariciaban débilmente los amores inmóviles de Píramo y Tisbe.

Por la otra ventana, frente a sus pies, Jeanne podía ver un gran árbol bañado en una suave luz. Se tumbó de lado, cerró los ojos y, al cabo de un tiempo, los volvió a abrir.

Le parecía sentir todavía el zarandeo del coche, que seguía rodando dentro de su cabeza. Se quedó inmóvil, esperando que así conseguiría dormirse, pero la impaciencia de su mente pronto invadió todo su cuerpo.

Le hormigueaban las piernas y le empezó a dar fiebre. Entonces se levantó y, descalza y en manga corta, con el largo camisón que le daba el aspecto de un fantasma, cruzó el lago de luz extendido sobre el suelo, abrió la ventana y miró.

La noche era tan clara que se podía ver como en pleno día; la joven reconocía el paisaje que tanto había amado de niña.

Frente a ella se extendía un inmenso prado amarillo como la mantequilla bajo la luz nocturna. En los extremos, dos árboles gigantes se alzaban ante la casona, un plátano de sombra al norte y un tilo al sur.

Al final del prado, un bosquecillo cerraba la finca, protegida de los vientos huracanados de alta mar por cinco filas de olmos antiguos, retorcidos, carcomidos, terciados por el viento marino, siempre desaforado.

El parque estaba cerrado a derecha e izquierda por dos largas alamedas con árboles desmesurados, que separaban la residencia de los señores de dos casas de labranza contiguas ocupadas, una por la familia Couillard y otra por la familia Martin.

Estos árboles habían dado su nombre a la finca. Más allá de este recinto se extendía una amplia extensión sin cultivar, salpicada de

aulagas por las que la brisa silbaba y corría día y noche. El terreno terminaba de forma brusca en un acantilado de cien metros, recto y blanco, cuyos pies bañaban las olas.

Jeanne contemplaba a lo lejos la inmensa superficie tornasolada de las olas, que parecían dormir bajo las estrellas.

En esta paz del sol ausente, se extendían todos los aromas de la tierra. Un jazmín que trepaba alrededor de las ventanas del piso de abajo exhalaba continuamente su aroma penetrante, que se mezclaba con el olor más ligero de los brotes verdes. Pasaban lentas ráfagas que aportaban los sabores fuertes del aire salino y el sudor viscoso de las algas.

La muchacha se abandonó a la felicidad de respirar, y el reposo del campo la calmó como un baño refrescante.

Todos los animales que se despiertan al atardecer y ocultan su existencia oscura en la tranquilidad de las noches llenaban la penumbra con una agitación silenciosa. Grandes aves silenciosas cruzaban el aire como manchas, como sombras; el zumbido de insectos invisibles acariciaba el oído, trotecillos silenciosos cruzaban la hierba cubierta de rocío o la arena de los caminos desiertos.

Solo algunos sapos melancólicos lanzaban a la luna su nota corta y monótona.

El corazón de Jeanne parecía ensancharse, lleno de murmullos como esta noche clara, rondado por mil deseos furtivos, como esos animales nocturnos cuyo pulular la rodeaba. Una afinidad la unía a esta poesía viva y, en la blanda blancura de la noche, sentía correr escalofríos sobrehumanos, sentía palpitar esperanzas inasibles, algo así como el aliento de la felicidad.

Se puso a soñar con el amor.

¡El amor! Hacía dos años que la llenaba el ansia creciente de su proximidad. Ahora ya tenía libertad para amar, solo le quedaba encontrarlo. ¡A él!

¿Cómo sería? No lo sabía con certeza y ni siquiera se lo preguntaba. Simplemente sería él.

Solo sabía una cosa: que lo adoraría con toda su alma y que el la amaría con todas sus fuerzas. Se pasearían en tardes como aquella, bajo la ceniza luminosa que caía de las estrellas. Irían de la mano, muy juntos, escuchando el latido de sus corazones, sintiendo el calor de sus hombros, acompasando su amor a la limpidez suave de las noches de verano, tan unidos que, por el mero poder de su ternura, compartirían sus pensamientos más secretos.

Y así para siempre, con la serenidad de un afecto indestructible.

Y de pronto le pareció que ya estaba allí, junto a ella, y un indefinible escalofrío sensual la recorrió de pies a cabeza. Se abrazó el pecho en un movimiento inconsciente, como para abrazar su sueño, y algo que rozó su labio tendido hacia el infinito casi la hizo desfallecer, como si el hálito primaveral le hubiera dado un beso de amor.

De repente, tras la casona, por la carretera, oyó unos pasos en la noche. En un impulso de su alma estremecida, en un raptó de fe en lo imposible, en los albuces providenciales, en los presentimientos divinos, en las novelescas intrigas del destino, pensó: «¿Y si fuera él?». Escuchaba ansiosa los pasos acompasados del caminante, segura de que se detendría ante el portón en busca de hospitalidad.

Cuando pasó, se sintió triste como tras una decepción. Comprendió la exaltación de su esperanza y sonrió ante su demencia.

Entonces, algo más calmada, dejó flotar su mente por la corriente de un ensueño más razonable, intentando anticiparse al futuro, construyendo su existencia.

Viviría con él en esta tranquila casona frente al mar. Tendría dos hijos, seguro, un hijo para él, una hija para ella. Los veía corriendo por la hierba entre el plátano y el tilo, mientras que el padre y la madre los seguirían con la vista, maravillados, intercambiando por encima de sus cabezas miradas henchidas de pasión.

Se quedó mucho tiempo en esta ensoñación, al tiempo que la luna, que terminaba su viaje por el cielo, se preparaba para

desaparecer en el mar. El aire era más fresco. Hacia levante, el horizonte palidecía. Un gallo cantó en la casa de labor de la derecha, otros respondieron en la de la izquierda. Sus voces roncas parecían llegar de muy lejos a través de los muros del gallinero y, en la inmensa bóveda del cielo, que se blanqueaba muy poco a poco, las estrellas iban desapareciendo.

Un breve trino de ave se despertó en algún sitio. De las hojas fueron emergiendo, primero gorjeos tímidos, luego más osados, vibrantes, felices, pasando de rama en rama y de árbol en árbol. De pronto, Jeanne se sintió inmersa en una claridad y, alzando la cabeza que había escondido entre sus manos, cerró los ojos deslumbrada por el esplendor de la aurora.

Una montaña de nubes rosadas, en parte escondidas tras la enorme alameda, arrojaba resplandores sanguíneos sobre la tierra que había despertado.

Y lentamente, reventando las nubes deslumbrantes, acribillando de fuego los árboles, el llano, el océano, todo el horizonte, apareció el inmenso globo flamígero.

Y Jeanne sintió que se volvía loca de felicidad. Una alegría delirante, una ternura infinita ante el esplendor de las cosas anegó su corazón desfalleciente. ¡Era su sol! ¡Era su aurora! ¡El comienzo de su vida! ¡El despertar de sus esperanzas! Tendió los brazos hacia el espacio radiante, con el impulso de abrazar el sol, quería hablar, gritar algo tan divino como esta eclosión del día, pero se había quedado paralizada en su entusiasmo impotente. Entonces, puso la frente en las manos, sintió sus ojos llenos de lágrimas, y se abandonó a un llanto delicioso.

Cuando levantó la cabeza, el decorado soberbio del día naciente había desaparecido. Se sintió apaciguada, algo cansada, como si se hubiera enfriado. Sin cerrar la ventana, se tumbó en la cama, soñó unos minutos más y se durmió tan profundamente que a las ocho no escuchó las llamadas de su padre y no se despertó hasta que entró en su habitación.

Quería mostrarle las obras de mejora que había hecho en la mansión.

La fachada que daba tierra adentro estaba separada del camino por una explanada de buen tamaño plantada de manzanos. Este camino vecinal, que serpenteaba de una casa de labor a otra, media legua más adelante, alcanzaba la gran carretera que comunicaba Le Havre con Fécamp.

Una avenida recta llegaba desde el portón hasta la puerta principal. Las dependencias, pequeñas edificaciones en guijarro de playa con tejado de paja, se alineaban a los dos lados de la explanada, a lo largo de las cunetas que rodeaban las dos casas de labranza.

Los tejados habían sido renovados por completo, se había restaurado la carpintería, reparado los muros, tapizado de nuevo las habitaciones y pintado todo el interior. En la antigua mansión deslustrada destacaban, como si fueran manchas, las contraventanas relucientes de un blanco de plata y el yeso nuevo sobre la gran fachada grisácea.

La otra fachada, en la que se encontraba una de las ventanas de Jeanne, daba al mar, a lo lejos, por encima del bosquecillo y del seto de olmos roídos por el viento.

Jeanne y el barón, cogidos del brazo, lo visitaron todo sin olvidar ningún rincón y se pasearon lentamente por las largas alamedas que cerraban lo que llamaban «el parque». La hierba había crecido bajo los árboles, desplegando una alfombra verde. El bosquecillo al fondo era encantador, con senderillos tortuosos separados por muros de follaje. Una liebre salió corriendo asustando a la joven; luego saltó el talud y se marchó corriendo entre los juncos hacia el acantilado.

Tras el almuerzo, como la señora Adelaïde seguía extenuada y quiso quedarse a descansar, el barón propuso dar un paseo hasta Yport.

Se marcharon cruzando la aldea de Étouvent, donde se encontraba Los Álamos. Tres labradores los saludaron como si los conocieran desde siempre.

Entraron en los bosques que bajaban hasta el mar siguiendo un valle lleno de curvas.

Pronto alcanzaron a ver Yport. Las mujeres que remendaban ropa, sentadas a la puerta de las casas, los miraban pasar. La calle inclinada, con un arroyo que corría por el centro y montones de basura abandonada ante las puertas, exhalaba un fuerte olor a salmuera. Las redes oscuras, en las que habían quedado algunas escamas que relucían como moneditas, se secaban ante la puerta de los tugurios de los que salía un olor a familia numerosa hacinada en una sola habitación.

Algunas palomas se paseaban por el arroyo, buscándose la vida.

Jeanne lo miraba todo y le parecía curioso y nuevo como un decorado teatral.

De repente, tras una curva, vio el mar de color azul opaco y liso, que se extendía hasta perderse de vista.

Se detuvieron a mirar frente a la playa. A lo lejos, pasaban velas blancas como alas de pájaro. A la derecha y a la izquierda se alzaba el acantilado imponente. Una especie de cabo detenía la mirada a un lado, mientras que al otro la línea de la costa se desplegaba indefinidamente hasta convertirse en un trazo imperceptible.

En una de sus ondulaciones más cercanas podían verse un puerto y unas casas; y olitas que vestían el mar con una franja de espuma rodaban sobre los guijarros con un ruido ligero.

Las barcas, izadas hasta el talud de cantos redondos, descansaban sobre el flanco, tendiendo al sol sus mofletes redondos barnizados de alquitrán. Algunos pescadores se preparaban para la salida vespertina.

Un marinero se acercó para ofrecerles pescado, y Jeanne compró un rémol que quiso llevar ella misma a Los Álamos.

El hombre les ofreció sus servicios para salir al mar, recalcando bien su nombre para que se les quedara en la cabeza: «Lastique, Joséphin Lastique».

El barón prometió no olvidarlo.

Tomaron el camino de vuelta a la casa.

Como Jeanne se cansaba de llevar el enorme pescado, pasaron el bastón de su padre por las agallas y cada uno cogió un extremo. Y así fueron, tan contentos, subiendo el repecho, charlando como dos niños, con la cara al viento y los ojos brillantes, mientras que el rémol, que poco a poco les iba venciendo los brazos, barría la hierba con su robusta cola.